

## LA GUERRA CONTINÚA: APROXIMACIONES A LA VIOLENCIA POLÍTICA E IDEOLÓGICA EN EL PERÚ

*Rubén Quiroz*

Los perros no tienen Lenin, y esto les garantiza  
una vida humana pero verdadera.

*Martín Adán*

### **Intro ¿al final de la batalla?**

Un muestrario en nuestro país de los efectos políticos, de sus consecuencias sociales, de sus padecimientos apenas entendidos, pasa por un trabajo no sólo de largo aliento sino que exige el intercambio reflexivo de todos los ámbitos de la sociedad donde se incuban.

Pero como la exigencia ética lo sugiere hay también mucho que cicatrizar. No únicamente seguir el viejo adagio de recordar el pasado para no estar condenados a repetirlo sino que su reconocimiento obliga a deliberaciones mutuas y profilaxis públicas. En nuestro país no sólo se arrastra el choque brutal y traumático de la conquista, sino que también se están continuamente enfrentando estados de civilización antagónicos que se superponen, contradicen, colisionan, excluyen. Es esa sufrida manera de incorporarse ásperamente lo moderno y lo premoderno que sorprende a los que quieren aproximarse a diagnosticar nuestra realidad. Supongo que es en ese dilema que debemos ubicar los conflictos posteriores.

Un país plagado de contradicciones históricas, de genealogías abruptas, pareciera estar determinado a fenómenos sociales vehementes. Por ello nuestra posición no es inocente. Ese sentimiento de pureza ontológica no solamente lo hemos perdido sino que hemos descubierto que jamás lo tuvimos.

Lo que hay que averiguar es nuestro grado de responsabilidad. Sólo la autoconciencia nos obliga a la lucidez. Una ética, una ética de la responsabilidad que sospeche de los metarrelatos y deconstruya las manivelas sobre las cuales se han erigido.

[77]

Justamente ahí empieza la vigilia. Rastrear su génesis indica trazar los lineamientos para su comprensión posterior. Esbozaremos más bien un diagrama de los presupuestos filosóficos, sus contornos ideológicos y su importancia en los ámbitos universitarios; principalmente su difusión, aceptación y enraizamiento en el imaginario y en ámbitos estudiantiles. Y más todavía de los ejes sobre las cuales la sociedad peruana debe trazar sus mecanismos de defensa frente a la violencia ideológica. Han tenido una derrota militar, una derrota política pero no una derrota ideológica. Eso es lo que tenemos que hacer.

Así, pretendemos señalar los presupuestos ideológicos que la justifican. Esta cartografía mental revisa sus respectivos discursos de validación. Los actos partidarios universitarios ostentan su poder en el intento de hegemonía política y académica. Ubicados los actores mientras se mapea la realidad y los ojos con que la miran, será esta labor, preliminar, parte de un trabajo más grande y, de seguro, difícil.

### Todas las sangres

¿Hasta dónde nos ha de empujar esta nueva vida?  
La fuerza que la muerte fermenta y cría en el hombre  
¿no puede hacer que el hombre revuelva el mundo, que lo sacuda?

*José María Arguedas*

Los sistemas antiguos establecían sistemas de convivencia ajenas al reconocimiento de la subjetividad, por lo tanto, básicamente eran sociedades construidas con una estructura jerárquica de poder y absolutamente verticalizadas. Los poseedores del conocimiento estaban ligados a las élites religiosas y el aura de lo inasible y sacro separaba decidiendo los ámbitos sociales. En el mundo premoderno existían castas y no clases.

Es con la etapa moderna que van a aparecer modelos de convivencia basados ya no en reproducciones estamentales e imbuidos de clientelaje, sino aparece el proceso de individuación y relaciones horizontales donde se plantea el reencuentro con el Otro, es decir, se intenta a través del relato histórico un universo dialógico fundado en la alteridad. Pero sabemos que la modernidad no es sólo un discurso sino múltiples aproximaciones de recambios históricos entrecruzados y enfrentados. Por lo tanto esta gruesa presentación funciona para entender después su rol epistemológico en los

apremios peruanos y su reproducción en las esferas responsables de percibir estos procesos. Esto remarca la idea de que nos movemos y explicamos dentro de compromisos ontológicos.

Acaso parte de nuestra imagen hamletiana procede de la extirpación de idolatrías, con el desplazamiento de las élites panacales y regionales por otra similar pero occidental como la de los encomenderos, en una ya vieja genealogía de nuestros desastrosos gobernantes. Esto por supuesto puso furibundos a los detentadores del poder anterior y su horror ante la posibilidad del quiebre de ese sistema. Aún más el pánico visceral pero de contenido ontológico que supuso las desmedidas maneras de mezclar las razas. Cualquier forma combinatoria era aberrante. El mestizo nació condenado a la exclusión. Guaman Poma de Ayala clama desesperado por los criollos, «mextisillos» como lo denomina, ya que atenta directamente a los cimientos de poder antiguo que eran absolutamente de parentesco.

Es imposible pensar en otra forma de relación que la de unificaciones y reparticiones en el sistema de castas, luego veremos cómo esto se reproduce en el quehacer político nacional y se ahonda en los espacios sociales y se encuentra impregnado en el *modus operandi* senderista. El esquema es el mismo, los actores cambian.

Esta idea de lo peligroso del mestizo de pronto aparecido obligó a cerrar los círculos de acceso al poder que manejaban y controlaban aquellos que eran dueños de su espacio de potestad y control.

Estos enfrentamientos de un sector marginado y excluido con sectores poseedores de la autoridad en todo ámbito, estalló en todos los sectores de la sociedad colonial primero y se complejizó en la república después.

Los mestizos buscaron acceder a poseer lo que les era negado sistemáticamente. La lucha empezó y las astillas de esas batallas se desarrollaron y padecieron también en las instituciones surgidas en el virreinato. Pero los mestizos, abundantes por la proliferación desesperada y angustiada de los españoles venidos a estas tierras, eran empujados por su situación marginal, de sentirse en el aire, de su no lugar, despreciados por todos y convertidos en lúmpenes societales. Absolutamente aterradores para una sociedad de castas, irritantes porque no encajaban en el mundo premoderno, y peor aún, se va a extender ese entrampamiento constante y doloroso hasta los albores de la independencia.

*¿El desborde popular?*

Las migraciones provincianas masivas, los conocidos desbordes populares de mitad del siglo XX no solamente «sitaron» la ciudad en camino ya a su descentramiento, sino que esa *Lima la horrible*, convertida casi literalmente en su epitafio posterior por el poeta surrealista César Moro, mantenía todavía con fuerza su imagen excluyente y no sólo simbólicamente. Es decir, el poblamiento de la capital del país significó también la consolidación del desconocimiento como sujetos o actores sociales a las provincias, es decir, a los serranos, pobres y analfabetos. No eran reconocidos como individuos de la historia, más bien eran despreciados, es decir, excluidos sociales, los vencidos otra vez.

La educación siempre ha sido el medio natural de posibilitar el desarrollo humano y necesariamente ligado para algunos sectores al ascenso social. Esta idea de procedencia baconiana que con su popular apotegma: «saber es poder» construye el paradigma sobre el cual van a girar las conductas sociales modernas. Ésta se convirtió en el polo natural y casi obligado para el ascenso social. Y ello bajo la ya antigua concepción de que la educación libera el espíritu humano y abre las puertas de la sabiduría constituyendo para quien lo posee un instrumento de dominación de la naturaleza. Esa idea de la educación en realidad es usada como instrucción. Esto lo vemos en todos los estamentos educativos nacionales, pues, así como los militares, no se les educa, se les instruye. Importante distinguir ambos conceptos. Ya la *instrucción* se construye y define bajo la idea del obedecer sin chistar, de sólo hacer caso, un *chi-che-ño* sistémico y perverso, que acostumbra a las mentes a someterse. Pero el buscar ello, el educarse, no es negativo en sí mismo como sostienen algunos investigadores.<sup>1</sup>

1 En eso está Lynch cuando arguye: «el provinciano será un componente fundamental de la nueva hegemonía izquierdista agregando su matiz particular a la lucha estudiantil por condiciones de estudio que permitan una rápida profesionalización. A diferencia de otros sectores de clase media urbana, su pugna por establecer la universidad como en un canal de movilidad social se hacía especialmente angustiosa ya que significaba en la mayoría de casos la única esperanza o la única ilusión de ascenso social». Lynch, Nicolás. *Los jóvenes rojos de San Marcos*. Lima: El zorro de abajo, 1990. p. 21.

### Las espadas de Ockham

Mi casa está llena de muertos  
Es decir, mi familia, mi país,  
Mi habitación en otra tierra,  
El mundo que ha escondidas miro.

*Para vivir mañana.* Wáshington Delgado

Abimael Guzmán no solamente va ser el líder intelectual, sino el iluminado por un tipo de verdad absoluta. Esta idea cientista<sup>2</sup> garantizaría objetividad y universalidad. Obviamente aquellos que creen poseer todas las respuestas se negarían rotundamente a una posibilidad de diálogo. Una cultura dialógica en esta situación queda descartada de plano. Este personaje caudillesco, veremos después cómo se mantiene imbuido de religiosidad, es quien encarna el sistema vertical político. La idea del líder iluminado, redentor, elegido por los dioses o por las circunstancias históricas, demuestra el grado de mesianismo que genera las sociedades de régimen antiguo. Lo que es más, esa manera del fundamentalismo no solamente es simbólico sino discursivo. Con ello aclaramos que tienen un significado totalmente histórico y no apriorístico. Esta aceptación históricamente se abre y desarrolla en las zonas con sesgo antiguo.

Ese modelo vertical indiscutiblemente es explicable en sociedades estamentales premodernas, la necesidad de una cabeza que guíe los actos de los mortales está ligada antes que al propio discurso marxista al origen de castas rodeadas y coronadas del aura romántico e idealista de impronta hegeliana.

2 «Se trata de un código mesiánico que origina sentimientos de culpa y de misión sagrada. No convencimiento racional moderno, sino iluminación: «Abro los ojos», «Cambio de vida». Es el mismo código dominante, sólo que revestido con la nueva retórica del converso y con nuevos curacas: «El jefe», que exige subordinación absoluta, incluyendo «la sujeción física» —como rezaba un texto senderista— o como nos muestran dos deliciosos capítulos del libro que estamos comentando: «Ahora somos trotskistas» y «Los únicos marxistas del Perú». Libros rojos, libros verdes, sustituyen en cada momento los viejos libros sagrados y las consecuentes excomuniones de la nueva religión. Los títulos de los capítulos nos eximen de mayores comentarios: «Hugo Blanco no es trotskista», «El aventurerismo sandinista», «¿Periódico para toda la izquierda?». Igualmente los calificativos de excomuniones recíprocas: «Traidores», «reversionistas», «reformistas...». En *Románticos e idealistas*. Texto de la presentación, realizada por José Carlos Ballón de *Entre el amor y la furia*, de Maruja Martínez (Lima: SUR Casa de Estudios del Socialismo, 1997).

Como recordamos, el melancólico Hegel del pacto mefistofélico ordena su cosmovisión en trilogías y lo que simbólicamente va a sostener es que es el filósofo, quien encarna el espíritu absoluto, por lo tanto, poseedor de la verdad y cual apóstol, tiene como deber histórico difundirlo. Por ello los discursos artísticos quedan sometidos al Gran Espíritu y su despliegue, la poesía subsumida a los vericuetos de la ideología. Entonces, algo que ya tiene una tradición platónica, se encarna en el filósofo la supuesta superioridad no sólo ética sino ontológica respecto a los demás. Así se explica que Guzmán, filósofo de formación, apareciera en sus afiches con lentes y libros en el sobaco, listo para predicar en las cordilleras y buscar educar (instruir) a los «oprimidos». Por supuesto, previo adoctrinamiento a los iniciados y llamados por la «voz de la Historia».

Ahora, la transmisión del conocimiento —naturalmente siguiendo su lógica— no era horizontal sino vertical. Dado por alguien poseedor de tal saber y que además partía de la idea de que el conocimiento era una simple transmisión de la información, proporcionando al sujeto dador de la información un papel activo y hegemónico y a los que reciben viéndolos como meros recipientes vacíos a los cuales hay que llenar. Esta relación va ser característica importante de las relaciones de poder partidarias desde las catervas izquierdistas hasta las conservadoras y que obviamente niega toda capacidad de negociación o diálogo. Esas premisas luego se muestran en sus formas oligárquicas y autoritarias hasta el extremo de incluso endiosarlas

El reclutamiento senderista era mayoritario entre la gente de las serranías peruanas, incluso su fervor se intensificaba en ellas cuando el vacío de poder era más notorio. Es el raudo enamoramiento de una quimérica igualdad de derechos con los varones que hace incluso que un grueso sector femenino andino se adhiera. El varón, en esa zona ideológica, podía ser castigado por sus afrentas. Es la primera vez que la mujer parecía tomar una forma de protagonismo, aunque sea de ese modo. Ahí se siente supuestamente libre y más bien igual, alcanza rápidamente posiciones dirigenciales impensables en el Estado oficial. Pero cuando las autoorganizaciones populares empiezan a establecer un análogo sistema (comedores, vasos de leche, asociaciones comunales, etc.) sin necesidad de recurrir a su escenario violentista, empieza el sabotaje. Maria Elena Moyano, dirigente vecinal, dinamitada por las mesnadas violentistas, es un feroz ejemplo pero igual de triste de sinnúmero de anónimas mujeres desaparecidas sistemáticamente. Los andes manaban lágrimas y sangre mientras el sector económico limeño se sentía ajeno a una guerra que carcomía al país en sus integrantes más

indefensos y desprotegidos. Acaso la explosión de un coche-bomba en la calle Tarata miraflores, sector simbólico de la clase económicamente poderosa, recién hizo percibir el dolor y la atrocidad al sector clasemediero capitalino. La guerra no existía para ellos, los Otros, los cholos, los «serranos de mierda», se morían allá en sus punas, en sus casuchas de miseria, entre sus papas y charquis, murmurando una lengua despreciada por los poderosos. Así, la lógica de la desaparición adquiría rasgos definitivos y contundentes. Muertes diarias. Cotidianidad amenazada. Perú empobrecido y agónico. Pero más el Perú profundo, el históricamente arrinconado. Sepúlveda tenía razón. Un Quispe, un Condori, un Mayta, no era igual que un D'Achille. A ellos que lo entierren en fosas, al fin y al cabo no importa, a quién le importa. ¿Quién va a llorar a un desconocido?

Los muertos acusan. Ignorarlos no es hacerlos desaparecer. Todavía resumamos tragedia, a pesar de las pírricas victorias. El costo está siendo demasiado alto. Sin embargo, la derrota de las formas de violencia política no surgió de una acción gubernamental, sino de la propia población. Las rondas campesinas, la organización sindical en las ciudades que poseen industrias, los sectores universitarios, la labor eclesial, etc., ellos fueron los que vencieron.

*Nudo de inquietudes...*

El siglo XX en la universidad no deja de ser particularmente exquisito en sus dilemas ya unidos a discusiones regionales y fruncidas de enseña Latinoamericana; por lo tanto, todo su proceso se acentúa con las teorías sociales en boga aunadas a discursos filosóficos aparecidos en los medios académicos pero ya preocupantes porque parecían estar aislados de la realidad nacional. El viejo anarquista González Prada reclamaba sobre esa disociación entre la institución académica y su real engarce con el país. Ya la universidad se estaba aislando de su incorporación alguna vez cercana con la patria.<sup>3</sup>

3 Este detalle que va a comenzar a ser una característica de la universidad nacional toma rasgos decisivos para su rol en las decisiones del país. Al respecto Lynch dice, acomedido, en su ya célebre libro sobre San Marcos: «el aislamiento consiste en la creación de un submundo propio que se identifica con la tradición contestataria sanmarquina pero sin tomar en cuenta los cambios fundamentales que se dan en el escenario político peruano, donde aparecen nuevos y dinámicos actores. Este aislamiento lleva percepciones mutuamente arbitrarias entre el movimiento universitario, especialmente los estudiantes y la sociedad, las consecuencias las más veces trágicas para ambos». En Lynch, Nicolás, *op. cit.*, p. 17.

Los discursos filosóficos, sirvieron de instrumentos guiadores e interpretadores de la realidad circundante convirtiéndose con el positivismo, el intuicionismo bergsonian y la explosión de las teorías antropológicas norteamericanas en la alocución hegemónica de explicación del mundo a principios del siglo pasado. Pero ello principalmente con la filosofía de la sospecha nietzscheana, la noción de agonía unamuniana, las lecturas de Marx con sus variantes y matices después aún más importantes, el conversatorio universitario, el descubrimiento del indio como sujeto de historicidad y la búsqueda de generaciones de intelectuales por diseñar coordenadas de esclarecimiento de su situación particularmente latinoamericana.<sup>4</sup>

San Marcos entonces va ir perdiendo presencia como institución con capacidad de establecer diálogos con el poder político nacional, si ya su endeble labor de transmitir conocimientos valiosos para el avance del conjunto nacional se resquebraja aún más con las rupturas respecto a la realidad circundante. Algunos filósofos tuvieron poder político en el ministerio ligado a la (instrucción) educación: desde Jorge Polar, Cueto Fernandini, Miró Quesada, pero que su labor a veces marcadamente positivista no tuvo las repercusiones necesarias para construir un imaginario colectivo menos excluyente.

En cambio las élites mestizas provincianas y sus pares universitarios engendraron toda esa visión de mundo ligados a ciertas dicotomías que asumían. Y desde la visión de mundo que supone lo filosófico. Más todavía de ese supuesto marxista-leninista de la supremacía ontológica del proletariado para llegar al comunismo. Principalmente la identificación de provinciano-proletariado y limeño-burgués. Curiosa está retórica moderna fundada en una visión antigua transferida como eje de difusión y convencimiento para los sectores ya involucrados. Ahora, cuando estos tienen una procedencia andina hay un factor más: buscar instrumentos que posibiliten cier-

4 Esta temática fue planteada ya en los albores de la independencia latinoamericana por el argentino Juan Bautista Arberdi. Luego sobre los supuestos de latinoamericanidad, peruanidad, y los conceptos relacionados a averiguar sobre el estatus ontológico nuestro originó preguntas sobre si existe una literatura peruana, o una filosofía latinoamericana que caracterizaron los debates en los 50-60 en los medios académicos universitarios de la región que estuvieron marcados por las teorías de la dependencia en boga. Ver. Salazar Bondy, Augusto. *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo. El proceso del pensamiento filosófico*. 2 vol. Lima: Moncloa, 1965. Del mismo autor, *¿Existe una filosofía en nuestra América?* México: Siglo XXI, 1968. También, Miró Quesada, Francisco. *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano*. México: FCE, 1974; y los lúcidos ensayos de Sobrevilla, David. *Repensando la tradición nacional*. 2 Vol. Lima: Hipatia, 1989.

ta democratización, y el acceso a discursos liberadores no de la ignorancia únicamente sino además de la opresión de los mistis como diría Iván Degregori.<sup>5</sup>

Bien, desmontemos esas oposiciones semióticas. La tesis de igualar lo provinciano con el proletariado es falsa por principio. El concepto de proletariado es de procedencia moderna ya que surge de la industrialización, y la ausencia de industrias en provincias era evidente. Esa estrategia retórica funcionó a cabalidad para captar adherentes inmediatos ya que la argucia era igualar la pobreza con el proletariado. Pero en el mundo moderno son los trabajadores los que sostienen la riqueza, y es el dinero quien cumple una función democratizadora. Pero, en el campo, eso era casi inexistente. En eso coinciden tanto Adam Smith como Carlos Marx; respecto al actor y sujeto de riqueza, su diferencia pasa por la distribución de ella, es decir, a cada quien según su trabajo. Aunque esas premisas no funcionen en el sistema jerárquico provinciano, estas élites en realidad estaban venidas a menos por la expansión del capitalismo moderno.

Es con la reforma velasquista que esos sectores manifestados en descenso comienzan a buscar cómo copar lo que les estaba siendo otra vez cerrado. Ahora, los discursos en auge, el existencialismo francés con el compromiso sartreano, las corrientes de liberación y las propuestas mariateguistas. A ello se le aúna la teología de la liberación que iguala el pobre del Evangelio con el proletariado y reúne las vocaciones salvíficas cristianas con el sentido de la piedad, deplorado por los discursos modernos porque no reconoce al otro como su igual; así la filantropía o cualquier intento protector en realidad encubriría relaciones verticalizadas.

Sobre esta geografía mental es que se puede articular los movimientos estudiantiles sanmarquinos en los años que nos convocan. La izquierda nacional atomizada, enfrentada, apenas unida por cuestiones de estrategia para provocar un golpe político en el manejo del poder, se reproduce también en la universidad.

La bibliografía difundida como *best-seller* era elemental y se componía de manuales de aprendizaje materialista,<sup>6</sup> pero lo suficiente, sostenían, para

5 Según Degregori, el educarse para los provincianos equivaldría a salir del engaño occidental, lograr la verdad objetiva, pero que esconde en realidad concepciones de la sociedad tradicional autoritaria; cf. Degregori, Carlos Iván. *Qué difícil es ser Dios. Ideología y violencia política en Sendero Luminoso*. Lima: El zorro de abajo ediciones, 2000.

6 Harnecker, Afanasiev, Mao, Politzer, Lenin, convertidos en biblias donde se encontraban las verdades reveladas a los hombres y que era suficiente para entender

acercarte a las «verdades para agudizar las contradicciones». Por eso cualquier posibilidad de una negociación sobre reformas académicas importantes, por ejemplo en los cambios curriculares, se veía sobrepasada para satisfacer urgencias inmediatas de profesionalización. Esto significaba que antes que ascenso social solamente, actuaba en realidad el manejo de cierto poder simbólico panacal. Sus relaciones de orgullo familiar, del muchacho triunfador en la capital, del respetable del pueblito de provincia, del «cartón bajo el brazo» fuere cual fuere la manera de lograrlo.

Los grupos que detentaba esa visión de la realidad filtrada por esos libros rojos eran facciones izquierdistas tipo FER, Patria Roja, Vanguardia Revolucionaria y reunidos algunos en la FUSM, y varias de sus escisiones, cual sectas, que escondían el intento de controlar la universidad para fines políticos de índole nacional pero ligados a sus ambiciones de clientelismo, que como recordamos, es estamental, registrada de la tradición autoritaria, como diría Tito Flores.<sup>7</sup>

Lo que resaltaba en sus proclamas y diatribas era la amenaza a quienes no seguían sus idearios. En el caso de los senderistas aparecidos con fuerza a fines de los 80, coincidiendo con su plan de «equilibrio estratégico», donde

la composición del mundo y brindaba toda una epistemología de la praxis inevitable que lógicamente se esparciría después de haber sido tocados por la luz materialista histórica. En toda la universidad se convirtieron en obligatorios los cursos de Materialismo Dialéctico, que te dotarían de una visión científica del mundo; y de Materialismo Histórico que te daba los instrumentos de comprensión de conciencia social. Esos cursos iniciados a mediados de los 70 recién se extinguieron en los primeros años de los 90. Pero que persisten con inusitada fuerza en la mayoría de universidades provincianas. Aún así en la Facultad de Letras quedan todavía resquicios de esa manera de entender el mundo. Por ello las Facultades de Educación no sólo son arcaicas ideológicamente sino peligrosas ya que siguen reproduciendo los esquemas del materialismo histórico como único método de aprehensión y ellos son los que pululan en la gran mayoría de colegios estatales, es decir, transmiten el equívoco. Y es por ahí también donde se debe bloquear o reducir esas influencias casi de adoctrinamiento. Es una de las razones de nuestra debacle educativa, llámese nuestro arcaísmo ideológico.

7 A este respecto, pero ligado al intento de identificar la modernización con el Estado autoritario, dice el filósofo Ballón concerniente a la tendencia de frenar el proceso de individuación social: «la inseguridad y el temor kafkiano frente al Estado es quizá el retrato más característico de nuestro siglo, pues el crecimiento del Leviatán moderno tiende a sustituir la ética protestante originaria de la responsabilidad individual, por la ética del premio-castigo, y al polizón distribuidor por el individuo productor. Finalmente el trabajador es sustituido por el mendigo y la clase productora es desintegrada en grupos corporativos gremiales...». En Ballón, José Carlos. *Un Cambio en nuestro paradigma de ciencia*. Lima: Concytec, 1999, p. 423.

el país se vio sacudido por su accionar violento y cruelmente fratricida, no solamente entraban a los salones a interrumpir clases y lanzar encapuchados y con armas de fuego sus arengas a la inminencia de su revolución sino que exigían silencio sumiso. Las maneras de su difusión propagandista eran volantes, pizarrones, periódicos murales, pintas en los muros y extramuros de la ciudad universitaria, molotov, explosiones repentinas, demostraciones de poderío bélico, sostenida en la constante del miedo y el terror, intentándola convertir en un campo de nadie y todos absolutamente prohibidos de ser tocados. Bajo pena de muerte. Y eso de manera ferozmente literal. Pobre de aquél que su nombre aparecía en el índice radical, tenía que huir para salvar la vida. Si en las serranías el castigo era para los ladronzuelos, abigeos, adúlteros, en las universidades eran para los «revisionistas», es decir, aquellos que ejercían críticas u observaciones a su discurso monológico y excluyente

Pero un temor secretamente los conmovía. Como toda perorata pretendidamente seria, sagrada e intocable, la posibilidad del ridículo los atormentaba. Como en el discurso cristiano la risa era un pecado, una herejía, un rezago burgués. Y como el partido cual personaje mitológico heleno tiene «mil ojos y mil oídos», entonces todo lo siente. Esa sensación de omnisciencia, también presente en todo el país, redujo hasta su desaparición los espacios de intercambio de las probables corrientes de opinión universitaria. Pero hubo una lista de héroes civiles anónimos que resistieron a pesar de las amenazas, docentes que observaron la escalada fundamentalista de estas prédicas. La historia les debe un lugar en la civilidad y la construcción del ciudadano.

### Las balas perdidas

Por cinco esquinas están  
los sinchis entrando están  
van a matar estudiantes huantinos de corazón  
amarillito amarillanto flor de Retama

*Flor de Retama. Célebre huayno ayacuchano*

Ligado a esa visión radical había una más ingenua pero ya rodeada de la denominada generación X. Seguidores de la revolución cubana, donde los trovadores Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Mercedes Sosa y todos los artis-

tas ligados a un compromiso político, se convirtieron en los ídolos musicales y sus canciones entonadas a coro en el comedor y viviendas universitarias.<sup>8</sup> Llenos de sikuris, de huaynos con mensaje popular y de concientización social. El sueño del pongo arguediano en su revancha ansiada, apenas se mantuvo en los años 90.

La población estudiantil ya hijos de migrantes a finales de los ochenta de pronto algunos seguidores de la tradición contestataria sanmarquina, y los grupos más radicales quedaron en la orfandad epistemológica por el derrumbamiento global de sus premisas ideológicas; en desahucio político por la captura de su líder máximo Guzmán en el año 92 y que los obligó a un repliegue empujados también por la represión gubernamental y la indiferencia de las nuevas generaciones de estudiantes que ingresaban a la universidad.

Naturalmente, al tener un sistema jefatural, los senderistas, caídos sus jefes, su «quinta espada», quedaron abandonados y su intento de recomposición sólo reproduciría vulgarmente el mismo sistema.

Los jóvenes rojos de San Marcos ochenteros fueron desapareciendo y se asimilaron al sistema que ellos aparentemente cuestionaban, algunos dirigentes de la FUSM terminaron siendo asesores de personajes ligados al gobierno de Alberto Fujimori, trabajando en transnacionales y otras labores «capitalistas».

Por otro lado, también hay que considerar dentro de esta aproximación la represión militar y sus ejercicios represivos en la misma ciudad; a pesar de la circulada idea de la autonomía universitaria, en los años de mayor terror en el país la universidad era prácticamente invadida por soldados y policías. Como recordamos, es el atentado de la calle Tarata, en un distrito limeño y «alto» como Miraflores, que sirve de pretexto a Fujimori para intervenir las universidades.<sup>9</sup>

8 Canciones como *Playa Girón* de Rodríguez, *La vida no vale nada* de Milanés, *Gracias a la vida* de Sosa y la ayacuchana *Flor de Retama*, se convirtieron en discos más solicitados, gritados y memorizados de esos años. Todavía a comienzos del siglo XXI se ve a algunos muchachos balbuceando retazos de esas canciones y con un polo con el rostro del Che Guevara convertido ya en una estrella *massmediática* pero más bien en una onda nostálgica y menos amenazadora.

9 El caso de los nueve estudiantes y un profesor muertos a comienzos de los 90 procedentes de la Universidad Enrique Guzmán y Valle «La Cantuta» —negado cínicamente al comienzo por el oficialismo— tuvo después una repercusión nacional e internacional y desnudó la ferocidad y frialdad de los militares alevosos auspiciados desde el mismo Estado. Ese caso descubierto por el periodismo de investigación ya ha producido alguna bibliografía sugerente. Pero en San Marcos no se ha profundizado sobre esas consecuencias mortales.

La dictadura fujimorista ocupa la Ciudad Universitaria y coloca un fantoche en el Rectorado como fue el médico Paredes Manrique, quien impregna de sus aliados en el gobierno decanal de la mayoría de facultades de la UNMSM. Sobre ese punto no ahondaré todavía pero falta hacer una revisión urgente de los integrantes de la universidad que apoyaron la instalación de las garras gobiernistas. No debemos olvidar a los judas de la democracia. Es bueno resaltar que en protesta por la intervención de la universidad, el reconocido e importante pensador Dr. David Sobrevilla renuncia a la docencia en valiente protesta por la ignominia a la comunidad universitaria, señalando con ello su más profundo desprecio al autoritarismo gubernamental y los adeptos que lo coreaban. Y es más, para reconocer también públicamente un acto valioso y ejemplar, el Dr. Mario Bunge, célebre filósofo latinoamericano, invitado por aquellos años por estudiantes de filosofía como Francisco Miró Quesada Westphalen, Rubén Quiroz, Juan Antonio Bazán, a dictar una charla a los universitarios, rechaza su nombramiento de Doctor Honoris Causa por parte del impostor Presidente de la comisión interventora, demostrando su probidad intelectual y los principios democráticos que lo regían.

La población estudiantil de esos años tuvo que convivir con esas atrocidades a lo largo de su formación profesional: dilatadas huelgas, luchas intestinas por repartirse la asamblea universitaria, el constante temor casi paranoico, que en una parte considerable los obligó a abandonar los estudios, pues muchos carecían de suficientes ingresos para optar por una particular. Esa deserción explicada por los factores antes mencionados todavía carece de una estadística clara que nos permita rastrear los recursos humanos perdidos.

No pretendo agotar un tema de por sí complejo, sino indicar ciertas coordenadas de estudio que permitan el desarrollo y profundización de ideas para enlazarlas con estudios de otros campos de investigación.

La tierna y celebrada frase del vate Gonzalo Rose que dice: San Marcos, «Nudo de inquietudes y plaza de victorias» bien puede erigirse como una feliz pero exagerada visión respecto a la situación actual de la universidad. Pero San Marcos no fue Huamanga, no sólo por su composición social, sino que ésta estuvo más aislada que aquélla. Es esa suerte de exilio interior que va a ser factor determinante para un cultivo mayor del maoísmo. Y en San Marcos no prendió porque había razones de tradición a una comunidad universitaria mínimamente dialogante y con otras variables de lecturas de la realidad. Los componentes senderistas eran reducidos y muchas veces cues-

tionados pero sí mantenían su perfil gárrulo, fanático, atascados en sus «salvo el poder todo es ilusión», esperando que se tome la Ciudad, que se llegue al poder para que no sea el delirio que los persiga y termine por consumirlos.

Esa idea teleológica y de un sentido del deber negativo no sobrepasó los variados circuitos que se enfrentaron abiertamente, con séquitos y todo, de la propia comunidad sanmarquina. Hay que reconocer que hay estudiantes y profesores en esos años rabiosos defensores de esas visiones que, ahora, toscamente reciclados, aún perviven en la docencia algunos de ellos, convertidos en síndicos de un simulacro de cambio social sangriento y equivocado.

Ese larguísimo horizonte de dificultades es el apenas se ha asomado con este ensayo inicial.

#### Quiero hablar pero me sale espuma: ¿final?

Será difícil abrazarnos  
distinguir nuestras roncas voces  
vociferando una lengua muerta  
reconocer entre tantas cicatrices los rostros que tuvimos.

Carlos López Degregori. *Aquí descansa nadie.*

Para muchos la guerra interna no sólo no existió sino que no existe. ¿Cómo es posible la ceguera ante una tragedia de esa dimensión? Mucha gente parte del complejo del apóstol Tomás: ver para creer. Pero en su gran mayoría, del desprecio. Sólo pocos quieren ver. Es decir, recién tuvo que suceder lo de Tarata para que algunos comenzaran a interrogarse, doce años después del inicio del infierno, sobre la violencia que sacudía nuestro país. Lucanamarca fue a machetazos y no hubo un relato inmediato, tan lejos y tan cerca, para usar un título de Wenders, que nos conmoviera a los «limeños» como el atentado en Miraflores. Es que las matanzas en los Andes, por su procedencia, su lejanía, su composición social, no conmueven tanto como los ataques a la ciudad. La insensibilidad histórica pasa por el desconocimiento, y en este caso por largos siglos de desprecio y ninguneo étnico-cultural, por la ausencia de memoria, porque la periferia nunca importó al centro. Porque el indio, a pesar de Prada, Mayer, Zulen, Mariátegui, Basadre y una lista de peruanos visionarios, y de las variaciones estadísticas, sigue siendo el furgón de cola, el habitante-cañón de la historia, al que hay que someter, la empleada doméstica sin colegio que atiende a los señores, y

muchos de ellos se llenan la boca de prédicas de igualdad, ellos (nosotros) los indios (mestizos) siguen (seguimos) olvidados. Más importan los monumentos incaicos, la arquitectura turística, que los más vulnerables tanto rurales como de las periferias urbanas. Y no le estoy concediendo una bondad intrínseca a los indios, a estas alturas sería insostenible, sino que tanto desde la Conquista, como la Guerra con Chile, hasta este averno sanguinario de los 80, no les importó mucho ni a las huestes senderistas ni a las botas militares.<sup>10</sup>

Y más todavía cuando cada uno opta por su tragedia personal sin importarle las demás. Agravado por el no reconocimiento de los provincianos, de los indígenas, como interlocutores, como individuos. Lo que les pasara carecía de importancia. Ellos no formaban parte de la sociedad peruana. En una versión contemporánea del vilipendio histórico y narrada la historia por los detentadores del poder ¿y esos peruanos asesinados en genocidios y enterrados en fosas? Son desconocidos sus actos, sus resistencias, sus historias, su amor a la vida, el derecho de aferrarse a la existencia. Lo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) es un muestrario gigantesco y catártico, pero es apenas el inicio de hondas reparaciones. Por eso nos preguntamos: ¿cuál es el heroísmo de los anónimos y miles de peruanos sobrevivientes o asesinados?

Todo acto heroico se sostiene en un relato, y lejos de los actos patrioteños y sacrificios temerarios por objetos y abstracciones; y más todavía cuando el concepto de patria está en pleno cuestionamiento y tiende a su disolución. Por ello la importancia de un informe y balance, cual radiografía de nuestras tristezas. Es decir, más allá del héroe militar grandilocuente, antes que hablar de héroes hay que hablar de sujetos, de interlocutores.

Y sin que la tradición autoritaria se cierna sobre el reconocimiento de los actores es ineludible un compromiso ético de los integrantes de la sociedad civil. Pasa por entender las razones por las cuales no asumimos culpas del genocidio nacional. Y de lo difícil que es aceptar como sujetos de convivencia a aquellos que han sido sistemáticamente marginados. De establecer una cultura dialógica en un país verticalizado. Ello es obligación moral de todas las esferas de nuestra sociedad.

Es por ello que los responsables de gobernar el país, de las élites académicas, desde el filósofo hasta el habitante común, tienen una prescripción

10 Sugiero una visión de las películas sobre este proceso como la controvertida y desoladora de Francisco Lombardi «La boca del lobo» (1986) en plena efervescencia bélica.

ética, pero ello se quedará solo en deseo infructuoso sino se hacen constantes llamados de atención sobre nuestra reciente historia. Una justicia reparadora, una sociedad menos jerarquizada debería ser la consecuencia normal, luego de la catástrofe, para poder reconstruirnos como nación. El héroe ya no tiene que luchar contra enemigos exteriores, arrojarse del morro, vencer en extenuantes ilíadas, guerrear implacablemente por su estandarte, sino primero comportarse y reconocerse como individuo, aceptarse como moderno, como persona. Y la filosofía, en una de sus urgentes variantes de reflexión, debe enfocar su luz cenital sobre los que nos acarrea recóndita congoja.

El horror de la guerra interna de la cual se dice comenzó en 1980 (aunque ya antes se estaba perfilando en las aulas de universidades provincianas) alcanzó ribetes familiares, espeluznantes, pero aún ajenos, lejanos y tristemente inocuos para muchos. Siendo ésta una catástrofe aún más traumática que la Guerra con Chile en el siglo XIX y ante la cuál no hemos reaccionado de manera sólida y mucho menos de manera responsable. Desde el gobierno hasta las organizaciones civiles apenas un amago de reparación, de consolación filantrópica, de misericordia cristiana, de piedad paternal pero nada auspiciado como un deber moral, como acto de modernidad, como reacción de sociedad civilizada. Ello en términos académicos, principalmente desde los estudios de las ciencias sociales e incluso en los ámbitos literarios.<sup>11</sup> Pero no así desde el punto de vista de sistemáticas reparaciones morales, sociales y económicas que deberían ser lideradas por el Estado peruano. En el fondo se trasluce el profundo desprecio a la naturaleza humana, más si ésta es de tono indígena. El indio, siglos después, sigue siendo el gran vencido. Su ontología no ha variado. Cientos de indios muertos en la Guerra con Chile y nos acordamos sólo de los héroes criollos, blanquiñosos, de los hacendados. Miles de indios muertos en la violencia de los 80 y son fosas comunes, pueblitos olvidados, hundidos en los Andes, anónimos «peruanos», estadísticas, ninguneados, desamparados.

11 La sociología y la historia aventajan a los estudios humanistas en la tendencia a analizar el fenómeno de la violencia. En menor cuantía aparecen los estudios literarios, además de cierta temática sobre la violencia con mayoría en la narración, luego el teatro y en menor cuantía la poesía. Pero en filosofía, no hemos hecho nada.